



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10860

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 18 DE MAYO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LOS ANGLÓ-SAJONES Y EUROPA

FUTUROS CONFLICTOS

Ya no pueden admitirse dudas en cuanto a lo que el gabinete inglés piensa, dejándose arrastrar por la tradicional política de todos los gobiernos británicos, respecto á futuras alianzas y proyectos de expansiones territoriales.

En el término de ocho días, primero el marqués de Salisbury, presidente del actual ministerio y jefe del partido conservador, y después Mr. Chamberlain, ministro de las Colonias y una de las más salientes personalidades de su partido y del gabinete de que forma parte, hanse expresado en forma que acusa muy claramente cual es el espíritu que reina en el actual gobierno inglés.

Los dardos que han arrojado dirigidos van, sin ningún género de dudas, á las potencias europeas, y particularmente á Francia y á España.

Las manifestaciones de uno y otro son de suma gravedad, tanto por la doctrina que se ve en ellas como por haber sido hechas en los actuales momentos y por figuras de tanto relieve, cual son el presidente del gabinete y el ministro encargado de uno de los departamentos más importantes; y que esa gravedad no es ilusoria, hija solo de los recelos de los pesimistas, demuéstralo la impresión desagradable que tales declaraciones han producido en las esferas políticas de Europa.

Nadie vió sinceridad en las explicaciones que lord Salisbury dió á los párrafos de su discurso en que hablaba, con sobrada ligereza y con descaro inaudito, del reparto de las naciones chicas y mal gobernadas, ó moribundas, como él las calificaba; mas si hubiera conseguido borrar el mal efecto que los

conceptos sentados produjeron, las palabras de Chamberlain, pidiendo la alianza de Inglaterra con los Estados Unidos, para disponer de fuerzas iguales, superiores mejor dicho, que otros aliados, con el fin de hallarse en condiciones para obrar con decisión en cuantos asuntos internacionales existen hoy pendientes, y en cuanto mañana puedan surgir, las palabras de Chamberlain, repetimos, hubieran ahuyentado las confianzas que las aclaraciones del primer ministro de la Gran Bretaña creara.

En los actuales momentos, en boca de los más influyentes ministros de la Corona y hechas en tan corto interregno de tiempo, las manifestaciones que hoy preocupan á la Europa política, son signo inequívoco de proyectos encaminados á satisfacer ambiciones, proyectos que acaso hayan principiado á trocarse en realidades, por lo aficionado que son los británicos á dar sorpresas.

Hace ya meses, desde que se empezó á creer de veras en la posibilidad de una guerra entre España y los Estados Unidos, comenzaron á correrse rumores acerca de inteligencias, probables ó efectivas, entre los gabinetes de Londres y de Washington, rumores que han ido tomando cuerpo á medida que el tiempo ha trascurrido, hasta el extremo de llegarse á creer en una alianza secreta que solo se revelaría cuando llegara determinado caso.

Con base bien cimentada ó no esos rumores, lo cierto es que han corrido, y no en bajas esferas, como bien justificados y autorizados. Además de esto, público es que el fracaso de las gestiones de Europa para evitar la actual guerra, débese al gobierno del Reino Unido, y públicas son sus simpatías por los yankees y el interés que ha demostrado por restar á España elementos de lucha en beneficio de los Estados Unidos; por lo tanto,

uniendo á todo esto las predicciones y los deseos de lord Salisbury y de Mr. Chamberlain, ¿no debemos creer en una alianza defensiva y ofensiva entre los anglosajones?

Sus actos, sus manifestaciones y tendencias, acusan, si no la existencia de un convenio, los preliminares de él, la proximidad de una alianza pedida por el ministro de las Colonias; perseguirá en primer término la solución favorable á la Gran Bretaña, por medio de la guerra, de la cuestión del Níger, y hoy en negociación muy laboriosa y ahilada de peligros, para que, sujeta Francia por la lucha que con parte de las fuerzas de Inglaterra sostendrá no pueda auxiliar á Rusia en Oriente, á donde irán las fuerzas británicas restantes, con las de los Estados Unidos y con las del Japón, pues con éstas parece también cuentan los ingleses.

Si estas deducciones tienen sólido fundamento, como creemos que lo tienen, como se ve, el verdadero objetivo que se persigue es despojar á Rusia de los territorios que en el imperio chino ocupa hoy, y repartirse amigablemente, Inglaterra, los Estados Unidos y el Japón, cuantos territorios de la China les venga en gana y puedan, ó lo que es lo mismo, solucionar el problema de Oriente en la forma que á los británicos les dictan sus egoísmos y ambiciones.

Claro es que todo esto son cuentas muy galanas, tanto, que esas facilidades que los británicos ven, tenemoslas por quimeras tan alejadas de la realidad y tan imposibles de convertirse en hechos de tangibilidad, que nos atrevemos á llamar ilusos y visionarios á los que así piensen.

Que se alie Inglaterra con los Estados Unidos, para disponer de un aliado dócil, que haga cuanto á ella le venga en gana, y que además le preste fortaleza que le sir-

va para poseer más preponderancia cuando suene la hora del reparto de China ó de otro de los tres imperios caducos, admisible es; lo otro, de ninguna manera.

Ya sabemos las pretensiones de Alemania sobre Oriente; y por esto natural era que tomara cartas en el asunto, y no á favor de Inglaterra.

Si la alianza anglo sajona es ó llega a ser un hecho, puede darse como segura esa conflagración que tanto teme Europa.

Inútil es decir que los primeros en tocar las consecuencias de la alianza seremos los españoles, y como esto no ha podido escaparse á nuestro gobierno, seguros de no equivocarnos podemos decir tiene entre manos algunos de los remedios que pueden evitar algo desagradable.

CH. BOPHEX.

16 Mayo 1898.

OPINIONES INGLESAS

II

Al ocuparse Mr. Jane, de nuestra nación y de nuestros marinos, expone sobre aquella juicios desgraciadamente tan desagradables como exactos. En cambio hace justicia al valor de nuestros marinos, reconoce la gloriosa tradición de nuestra armada y pone de manifiesto el heroico esfuerzo con que defiende España en América sus derechos, desconocidos por los E. U. con injuria de todas las leyes de la moral.

Mr. Jane reconoce, como no podía menos de suceder, dada su imparcialidad, que la principal dificultad para la terminación de nuestra guerra en Cuba ha sido la actitud de los E. U., la cual ha dificultado la adopción de medidas, por nuestra parte, que hubieran hecho imposible la continuación de aquella lucha ayudada y protegida desde sus comienzos por el gobierno yankee.

«España es una nación decadente, dice Mr. Jane, pero su último esfuerzo puede ser firme. Es preciso recordar co-

mo ha defendido y defiende los últimos restos de su imperio colonial. De los modernos españoles como combatientes sabemos muy poco; lo que conocemos no les favorece por completo, aun cuando las mejores tropas del mundo hubieran fracasado en una campaña como la de Cuba, tal cual ha sido dirigida.

Un bloqueo naval efectivo y un buen número de ataques simultáneos contra las guerrillas, hubieran sido el único medio de vencer la insurrección; pero el bloqueo era imposible ante la actitud de los E. U. El clima, además, se ha cebado en las tropas españolas.

Y al hablar del personal de nuestra marina dice así:

«La guerra, por otra parte, tendrá que ser por entero naval. El personal de la marina española es peculiar. Debe contarse con su espíritu. En los tiempos de Isabel los oficiales marinos españoles eran los mejores del mundo. Por otro lado, Gran, del *Husscar*, y su galante tripulación, eran de pura descendencia española; en muchas ocasiones los hispano-americanos del Sur se han portado bien: Arturo Prat, de la *Esmeralda* era un español. Los marinos españoles del *Alfonso XII*, además, se lanzaron á sus botes cuando la explosión del *Maine*, desafiando la muerte».

Consuélanos, en medio de tantas desdichas, encontrar un escritor imparcial que haga justicia al noble y heroico afán con que defendemos nuestro derecho, así como á los merecimientos conquistados en la historia por nuestros bravos marinos.

En lo que Mr. Jane muestra su mayor competencia y estudio es en el qué hace de los buques que componen las escuadras americana y española, y en las consideraciones que le sugieren las comparaciones que establece, para fundamentar en ellas deducciones sobre el resultado de la lucha empeñada.

Creemos no ser procedente copiar los detalles de esta parte del trabajo de Mr. Jane, de carácter puramente técnico, que prueban, por parte de su autor, indudable y grande competencia, limitándonos, por considerarlo como lo más práctico, á dar á conocer el resumen que Jane hace como resultado de su estudio.

Queremos, sin embargo, manifestar, que á juicio del escritor que nos ocupa,

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 810

CARLOS II EL HECHIZADO

811

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 814

una de esas lánguidas y blancas flores que se elevan cerca de una tumba, el rostro inflamado por una luz divina, sobrenatural, se elevaba con todo el resplandor de la inocencia, con toda la dignidad de una madre, á hacer frente á los injustos ataques de su hermana. Se había arrancado una ficticia aureola en aquel instante supremo en que sintió en sus entrañas el dolor de su hijo; serena y tranquila desde entonces dejó vagar por sus labios la sonrisa de la virtud, y por sus ojos las lágrimas del sentimiento. Nada denotaba en ella la vergüenza.

Millán había escuchado aquellas palabras y no había sentido nada. Toda la sangre del corazón se agolpó violentamente á su cabeza; sus ojos perdieron la facultad de ver; un temblor nervioso circuló por su cuerpo, y sepultado durante algunos minutos en una atonía espantosa, que podía producir la muerte, permaneció en aparente inmovilidad. Pero cuando la razón fué apoderándose de él; cuando midió con el pensamiento aquel nuevo mar de inmensos dolores, que el demonio de los celos le ponía delante; cuando quiso comprender el verdadero sentido de la expresión de Ana y quedó por último convencido de aquella horrible verdad, saltó por todos sus poros un deseo de venganza terrible, ardiente, inmutable. No lanzó un grito, no hizo un

movimiento, pero en sus ojos se podía comprender esa ferocidad del tigre que busca una víctima para hundir sus dientes en su corazón.

Martín retrocedió como si una fantasma se hubiese interpuesto entre él y su hermana. Loco, frenético, fuera de sí, llevó la mano á la espada como si tratase de hundirla en el pecho de quien acababa de descender ante sus ojos el más cruel y doloroso de los secretos; pero su brazo cayó sin fuerzas, sus piernas apenas pudieron sostenerle, y á no haber un sillón inmediato hubiera caído al suelo como cae el roble al golpe del rayo. Entonces cubrióse los ojos como Egisto de ante de Pelopea. El cuadro no podía ser más imponente.

—Miserable, gritó lanzando un bramido que no tenía significación en las articulaciones humanas: ¡Oh madre!... ¡Tú deshonrada! ¡Oh!

Y quiso levantarse de nuevo para matar á la joven.

—Yo soy madre, sí, contestó Ana con nobleza y dignidad; llevo en mi seno un hijo de tres meses. ¿Lo oyes, Martín? ¿Lo oyes? Por esta causa no quería ser la esposa de Millán, porque le hubiera engañado. Soy madre y te lo digo sin rubor, con la frente levantada, ya que ibas tal vez á matar á mi pobre criatura, á este engendro misterioso que Dios

no merecía. Pero había jurado salvar el honor de Ana y principiaba á cumplirlo.

Una horrible calefatura le había embargado las facultades de pensar y sentir desde que en la noche anterior llegara á su casa. Cuando el uso de la razón volvió á apoderarse de él; cuando se acordó que debía avisar á Martín de los peligros que amenazaba á la mariscala de Clerambaut, y de que él mismo necesitaba de la vida de esa mujer para averiguar quien había sido el infame violador de la honra de Ana, saltó del lecho con una prontitud tal que espantó á los que le cuidaban.

En vano se opusieron los médicos; en vano acudió su madre; Ernesto tuvo que conquistar su ropa casi á la fuerza, hasta que se lanzó á la calle, en medio del ardor de la calefatura y del asombro de su servidumbre.

Entonces miró al cielo y conoció por la altura del sol que debía ser muy tarde. En efecto, al tiempo de llegar á la Plaza de Palacio dieron las doce....

—¡Las doce! exclamó asombrado, y á las once aquel médico infernal debía ir á casa de la mariscala.... Corramos, corramos.... no perdamos un instante.

Aunque debilitado por la fiebre no tardó dos minutos en llegar á la habitación que ocupaban en el alcázar real sus dos amigos.... Ya iba á abrir la